

Bolivia rebelde.
**Las lecciones de los sucesos de mayo y
junio de 2005 en perspectiva histórica**

Carlos Antonio Aguirre Rojas*

* Investigador y profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México. Tiene estudios de doctorado en Economía por la UNAM, y un posdoctorado en Historia realizado en el École des Hautes Études en Sciences Sociales de París. Es miembro fundador de la Association Marc Bloch, con sede en Francia.

"Bolivia, por toda una serie de razones, posee una historia de rebeliones mucho más activas que muchos otros países de América Latina".

Immanuel Wallerstein, entrevista "Chiapas y los nuevos movimientos antisistémicos de América Latina", *Contrahistorias* No. 5.

Hace falta haber marchado junto a los mineros, los estudiantes, los indígenas y los campesinos bolivianos, que en mayo y junio de 2005 "tomaron" literalmente y durante varias semanas las calles del centro de la ciudad de La Paz, para poder darse cuenta del alto grado de conscienciación, radicalización y determinación que han alcanzado, en los últimos cinco años, estas clases populares y estos grupos subalternos de uno de los países más pobres de toda América Latina, de la actual Bolivia.

Porque más allá de las engañosas y parciales imágenes que difundieron los noticieros de todo el mundo, resaltando sobre todo las escenas violentas de los estallidos de los "cachorros" de dinamita, o los gases lacrimógenos lanzados contra los manifestantes por parte de la policía boliviana, lo que presenciamos en los meses de mayo y junio de 2005 en Bolivia, fue más bien la clara *consolidación* de un vasto *movimiento de masas*, amplio, firme y decidido. Un claro y contundente movimiento masivo de las clases populares bolivianas, que habiendo dicho una vez más un claro "¡Ya basta!" a las burlas y a las provocaciones venidas de parte de las clases dominantes, y a las incapacidades y vacilaciones del gobierno boliviano, fue capaz de forzar la renuncia del presidente Carlos Mesa, pero también de detener el posible riesgo de un golpe de Estado militar, así como de impedir el ascenso al poder de un siniestro personaje de la ultraderecha boliviana, llamado Hormando Vaca Díez.

Pero además, y mirando hacia el futuro, este amplio movimiento social de los sectores subalternos de Bolivia, logró también con estas impresionantes movilizaciones sociales de mayo y junio de 2005, la conquista de adelantar las elec-

ciones generales de presidente, de vicepresidente y de todo el parlamento, imponiendo el debate central, tanto sobre la necesidad de elegir a una Asamblea Constituyente que habrá de gestar una nueva constitución para este país, como también y sobre todo, sobre la *principal* y más *fundamental* demanda actual de todo el pueblo boliviano, que es la de la *nacionalización total, integral e irrenunciable de los hidrocarburos*.

Jornadas verdaderamente *históricas* (en el sentido fuerte de este último término), las de mayo y junio de 2005, que no sólo mostraron la amplitud realmente *nacional* de estos nuevos movimientos sociales de la actual rebeldía boliviana, sino que nos ilustraron también acerca de la *enorme fuerza y experiencia acumuladas* por estas masas populares de Bolivia, en el ciclo de luchas que ellas han estado protagonizando durante los últimos cinco años transcurridos, y que arrancando con la conocida "Guerra del Agua" del año 2000, se prolongan hasta el día de hoy, a través de las importantes estaciones que representan la Guerra de los cocaleros en 2001 y 2002, la lucha en contra del "Impuestazo", en febrero de 2003, y luego el derrocamiento del "gringo" Gonzalo Sánchez de Losada, en octubre de ese mismo año de 2003.

Un movimiento popular de *escala nacional* que no sólo determinó la dinámica de la vida cotidiana de la Ciudad de La Paz durante varias semanas, sino que se hizo presente en los bloqueos de prácticamente *todas* las grandes carreteras de Bolivia, cuyo tráfico quedó virtualmente desarticulado a nivel nacional, en el momento de máximo auge del movimiento, y mediante el establecimiento de más de 95 puntos de ese bloqueo carretero, que se ubicaron a todo lo largo y ancho de la geografía del país. Lo que además fue secundado con constantes marchas y con manifestaciones en todas las plazas de las principales ciudades de Bolivia, las que según la fuerza y la intensidad local de este movimiento nacional, se vieron más o menos pobladas por las mismas protestas sociales y por las mismas demandas

específicas que enarbolaban los grupos de este mismo movimiento, ubicados en la ciudad de La Paz.

Movimiento social de dimensiones nacionales, presente en Oruro, en Cochabamba, en La Paz, en Sucre, en Potosí, e incluso hasta en los alrededores de Santa Cruz —la ciudad que es el eje y el núcleo de un regresivo movimiento anti-indígena y separatista, que desea desmembrar a Bolivia—, que más allá de las divisiones entre las distintas cúpulas dirigentes de los distintos movimientos sociales populares, se unificó y articuló coherentemente en torno de la demanda más *universal* y más *urgente* de todo el pueblo boliviano, la de la radical nacionalización integral de los hidrocarburos de esta nación.

Pues mientras que Evo Morales sostenía en un solo día varias posturas diferentes y hasta contradictorias en torno a este tema de la nacionalización, y mientras los dirigentes sindicales discutían respecto a la Asamblea Constituyente y a la cuestión de las autonomías en Bolivia, el pueblo boliviano inundaba las ciudades de La Paz y otras importantes de su país, coreando como su consigna *más sentida* y *más reiterada* la de dicha nacionalización de los hidrocarburos. Y así, al mismo tiempo en que peleaban también por esa Asamblea Constituyente y en contra del posible golpe militar montado por la derecha boliviana, esas masas populares afirmaban, más allá de las direcciones de sus movimientos, y también más allá de los puntos de vista de sus líderes, esa centralidad de la recuperación total de los hidrocarburos de Bolivia por la vía de su nacionalización radical y completa.

Porque es cada vez más claro que la conquista de esta nacionalización integral podría llegar a ser la verdadera palanca que *revirtiera* de un modo profundo y significativo, la actual situación económica general de esta nación sudamericana que es Bolivia, y que posee, bajo sus propios suelos, la *segunda* reserva de gas más grande de toda América Latina, sólo superada hoy por Venezue-

la. Ya que es importante recordar que la deuda externa de Bolivia ronda los 6.000 millones de dólares, al tiempo en que la producción y comercialización del gas boliviano produce en tan sólo un año una ganancia que es cercana a los 5.000 millones de dólares, los que ahora se reparten en una proporción de 18% contra 82%, tocándole al Estado boliviano cerca de 1.000 millones de dólares y a las trasnacionales que explotan ese gas, alrededor de 4.000.

Con lo cual es obvio que bastaría esa nacionalización integral de los hidrocarburos bolivianos, y con ella la recuperación del 100% de esas significativas ganancias anuales, no sólo para pagar eventualmente cualquier posible indemnización a esas empresas trasnacionales que hoy explotan y saquean los recursos del país, —indemnización que a la luz de esas jugosas ganancias, obtenidas por esas empresas extranjeras durante varios años y desde 1997 hasta hoy, no tiene ninguna justificación, ni moral ni económica—, sino también para capitalizar, renovar y ampliar los actuales sistemas de explotación del gas, así como para pagar integralmente esa deuda externa, e incluso para comenzar a invertir en un verdadero gasto social, que al multiplicar y mejorar cualitativamente las escuelas, los hospitales, las carreteras y los servicios de salud, educación y seguridad que imparte el Estado, podrían realmente comenzar a revertir las condiciones de pobreza y de extrema pobreza que hoy padece la inmensa mayoría de los bolivianos.

Por ello, esta nacionalización total, integral e irrenunciable de los hidrocarburos se ha convertido en la demanda *central* y *fundamental* de todo el pueblo boliviano, el que sin duda alguna no cesará en sus actuales presiones, movilizaciones y luchas, hasta no ver realizado este objetivo esencial que hoy articula y unifica a todos los distintos movimientos sociales de Bolivia.

Y es por esta razón también, que el grupo de los países ricos acaba de proponer la tesis de "perdonarle" a Bolivia el pago de su deuda exter-

na (junto a otros dos países de América Latina y a quince naciones del África), en el claro intento de darle un cierto margen de maniobra al gobierno provisional ahora en funciones de Eduardo Rodríguez, pero sobre todo con la clara intención de desarticular y desmovilizar a esta insurgencia boliviana hoy en pie de lucha, y en el claro ánimo de desinflar y si es posible hasta eliminar esta demanda central de dicha nacionalización.

Y por ello también, el presidente provisional Eduardo Rodríguez acaba de decretar la ocupación física de las instalaciones de los yacimientos petrolíferos de todo el territorio boliviano, intentando con ello mostrar que ha comenzado ya la aplicación fáctica de la Ley de Hidrocarburos aceptada bajo el gobierno de Carlos Mesa, lo que una vez más pretende detener y minimizar la energía popular, hoy concentrada en torno de esta demanda crucial de la nacionalización integral de los hidrocarburos.

Pero si esta nacionalización es el nudo que, al desatarse, podría *revertir completamente* el actual estancamiento económico general que padece Bolivia e inaugurar un significativo crecimiento económico global de esa misma nación sudamericana, y si esto es algo de lo que hoy es agudamente consciente la inmensa mayoría del pueblo boliviano, entonces es seguro que el actual movimiento de las clases subalternas de este país *no se detendrá* ni apagará hasta conquistar completamente y de modo irrenunciable dicha nacionalización integral de los hidrocarburos.

* * *

Y también hace falta haber recorrido el camino que lleva desde el aeropuerto de El Alto hasta la ciudad de La Paz, en esos días críticos de mayo y junio de 2005, para tener una idea más clara de lo que significan, en el caso boliviano en general y en el de la ciudad de La Paz en particular, los métodos de lucha del “bloqueo”, de la “toma” de una ciudad, del cerco literal del poder político, y de la evidenciación del propio poder

del movimiento mediante las marchas, los mítines, y las manifestaciones públicas en la propia ciudad que hoy es sede del gobierno central.

Ya que gracias a las singularidades de la geografía boliviana es que la ciudad de El Alto puede, literalmente y con extrema facilidad, bloquear completamente todo posible acceso por vía terrestre hacia la ciudad de La Paz. Pues La Paz está ubicada en una verdadera “hoyada”, a la que *no* es posible acceder sin pasar por la ciudad de El Alto. Y dado que la población de El Alto es prácticamente idéntica a la de La Paz, alrededor de 800.000 habitantes, entonces El Alto no sólo puede paralizar eficazmente cualquier tipo de abastecimiento de la ciudad-sede del gobierno, sino también *apoderarse* literalmente de ella, con el simple acto de descender físicamente hacia la hoyada, e inundarla con los miles y miles de indígenas alteños que protagonizan y apoyan el movimiento social popular actual.

De modo que cuando El Alto se rebela y se pone en pie, y decide bloquear a la ciudad de La Paz, fácilmente se interrumpe el flujo habitual de alimentos, de mercancías, de gas, de gasolina y combustibles, y hasta de personas hacia La Paz, lo que no sólo trastoca de modo importante la economía entera de la sede del gobierno, sino que también afecta de manera significativa al comercio, al turismo, a los negocios y a la producción de la entera economía boliviana, la que sin duda gira, en cierta medida, en torno del funcionamiento normal de esa misma economía de la urbe paceña. Además, y junto a esta perturbación profunda de las actividades económicas de Bolivia, ese bloqueo alteño de la ciudad de La Paz, también puede interrumpir, o al menos retardar, la llegada o la salida de los soldados, de los tanques y de las municiones, y con ello de la posible acción política y militar del gobierno y del Estado bolivianos, en contra de los movimientos populares de la protesta social.

Por otra parte, y cada vez que El Alto desciende sobre la hoyada, ésta se ve literalmente

invasa y poseída por el movimiento y por las fuerzas populares alteñas y de otras partes de Bolivia, las que como una verdadera marea humana, son capaces de sumergir todo el centro de La Paz bajo su propia presencia, cubriendo calles y avenidas de cientos de wiphalas (banderas de múltiples colores que remontan a la época prehispánica), y alterando desde el transporte y el funcionamiento habitual de los comercios y los restaurantes, hasta la entera vida cotidiana de esa zona central paceña.

Y la verdadera “fuerza de masas” de este descenso alteño sobre el territorio paceño (muchas veces complementado por la presencia de los mineros, de los indígenas, de los campesinos y de los trabajadores de otras regiones y ciudades de Bolivia), es tan enorme y tan contundente, que en esos momentos ellos se vuelven los verdaderos *dueños* del centro de la ciudad de La Paz, frente a los cuales no pueden gran cosa ni la policía ni tampoco el ejército. Y vale la pena preguntarse sobre las razones que han llevado a estas clases populares bolivianas a *detenerse* siempre frente al cerco que se instaura en torno a la Plaza Murillo y al Palacio de Gobierno, cerco que a todas luces hubiese podido ser vulnerado y superado por esa “fuerza de masas” impresionante que poseen hoy los movimientos sociales bolivianos.

Una fuerza de masas de grandes proporciones que, además, se vería ayudada en esta eventual “toma” del Palacio de Gobierno, por la actitud relativamente “cómplice” de las tropas bajas regulares de la policía y del ejército, las que no sólo simpatizan hasta cierto punto con las demandas principales de los movimientos sociales actuales, al reconocer la legitimidad moral y la justeza profunda de estas demandas, sino que también se niegan muchas veces a reprimir y a atacar a un movimiento popular en el que participan sus propios hermanos, o tíos, o padres, o hijos, etc. Relativa simpatía cómplice de las tropas de base de las llamadas “fuerzas del orden” con sus hermanos bolivianos, que se hizo evidente en el re-

chazo del ejército a secundar un posible golpe de Estado militar propuesto por Hormando Vaca Díez, como eventual salida frente a la reciente crisis provocada por la renuncia de Carlos Mesa a la presidencia, y sobre todo frente al auge palmario del movimiento popular en ascenso.

Y si nos preguntamos acerca de estas posibles razones que han provocado que, hasta hoy, esos movimientos indígenas y populares en general, no hayan culminado sus “tomas” de la ciudad de La Paz, y su literal “cerco” al gobierno y al Estado bolivianos, con una toma completa del Palacio de Gobierno y con ello, eventualmente, del poder político nacional, quizá valga la pena recordar que es un trazo repetido por todos los nuevos movimientos antisistémicos de América Latina, la idea de que la simple toma del poder político en sí mismo no es demasiado útil si no va acompañada de una orgánica, sólida y completa organización fuerte de los movimientos de masas, organización que haga posible imponer sistemática y permanentemente que el que mande, “mande obedeciendo”, y que dicho poder político esté siempre supervisado, vigilado, controlado y hasta “cercado” por esos movimientos populares sólidamente organizados.

Repitiendo entonces esta idea, presente también en movimientos como el neozapatismo mexicano o el movimiento indígena ecuatoriano, lo mismo que entre los piqueteros argentinos o el movimiento de los Sin Tierra en Brasil, los indígenas bolivianos consideran también que el eje de gravedad de sus luchas actuales *no* está ya solamente en la conquista formal del poder político—objetivo al que sin duda *no* renuncian, pero que no es ya considerado como su “objetivo final”, ni tampoco como el eje fundamental de su estrategia—, sino y sobre todo en la construcción y consolidación de un sólido, fuerte y poderoso movimiento de masas que, en lo esencial, le *devuelve* a las clases subalternas el *protagonismo político y social directo*, a la vez que erige a estas mismas clases subalternas en un actor que es capaz, en todo momento, de con-

trolar, supervisar y presionar a ese poder político en turno, forzándolo a acatar y resolver las demandas populares, y obligándolo a funcionar desde ese principio referido del “mandar obedeciendo”.

Lo que entonces explica el hecho de que, por el momento, estos movimientos populares bolivianos *no* se han planteado aún como uno de sus objetivos centrales el de esta conquista del poder político nacional, concentrándose más bien, por ahora, en esas luchas importantes de la realización de una Asamblea Constituyente, de la defensa de sus recursos naturales, como en el caso del agua, de la reivindicación de su identidad y de sus tradiciones culturales, ligadas en parte al consumo de la hoja de coca, del combate frontal en contra del ALCA, y en contra de las políticas primero entreguistas y luego timoratas y vacilantes de sus propios gobiernos, y naturalmente, por la conquista de la nacionalización integral e irrenunciable de sus propios hidrocarburos.

* * *

Sólo al escuchar directamente a los contingentes indígenas y populares que marchaban por el Paseo del Prado, en el centro de La Paz, y que con enorme voluntad y convicción coreaban frases como la que dice: “Fuerza, fuerza, fuerza, fuerza compañero, que la lucha es dura, pero ¡venceremos!”, o al observar el coraje y la resolución con la que esos mismos manifestantes repetían también a coro el estribillo: “¿Qué queremos?: ¡Nacionalización! ¡No se oye! ¡Nacionalización! ¡Más fuerte! ¡Nacionalización! ¡Muchas veces! ¡Nacionalización, nacionalización, nacionalización!”, para más adelante rematar con la frase de “Aquí no se rinde nadie, ¡carajo!”. Sólo a partir de esta experiencia de percepción directa, es posible darse cuenta del muy alto grado de *conscientización* y de *voluntad de pelear y de vencer* que han alcanzado, ahora, esas clases subalternas y esos movimientos populares bolivianos.

Gran conscientización y firme voluntad de combate y de victoria que, a su vez, sólo pueden explicarse a partir del hecho evidente de que estos sucesos de mayo y junio de 2005, lo que representan es un claro *punto de cristalización* o de condensación de las experiencias que estos movimientos sociales populares han protagonizado, de un modo sostenido y profundo, en los últimos cinco años recién transcurridos. Pues es claro que estos acontecimientos importantes de la primavera de 2005 en Bolivia, no son más que el último eslabón de una larga cadena construida por estos movimientos, dentro de un complejo itinerario de luchas que arranca en el año 2000, con la llamada “Guerra del Agua”, para proseguir después en 2001 y en 2002 con la guerra en defensa de la hoja de coca, y más adelante con la oposición general en contra del “Impuestazo”, en febrero de 2003, y con la llamada “Guerra del Gas” en contra del gobierno entreguista de Gonzalo Sánchez de Losada, durante septiembre y octubre de ese mismo año de 2003.

Y vale la pena subrayar el hecho de que, en todos estos casos mencionados, el pueblo boliviano ha respondido siempre digna e inteligentemente a las cínicas provocaciones montadas por las clases dominantes y por los grupos hegemónicos de Bolivia, los que desde su soberbia clasista y racista, han provocado la ira y la protesta populares, al privatizar el agua y aumentar desmesuradamente su precio, o al intentar erradicar violentamente y por decreto la producción y el consumo de la hoja de coca, o al ensayar la creación de un irracional impuesto al salario, lo mismo que al tratar de vender el gas boliviano a precios ridículos para complacer a los Estados Unidos de Norteamérica. Todo un conjunto de medidas que atacan directamente a la economía popular y a los recursos mismos de la nación, pero también y en una medida no menos importante, a la propia identidad cultural de larga duración de los indígenas bolivianos y a su propia economía moral popular, en el sentido explicado por el historiador E. P. Thompson.

Provocaciones abiertas de los poderosos, que desde esta economía moral de la multitud han generado la digna respuesta de las clases subalternas bolivianas, las que defendiendo el consumo ancestral de la hoja de coca o la apropiación milenaria de los bienes diversos otorgados por la madre naturaleza, le han puesto varias veces un freno a esas irracionales exigencias de dichas clases dominantes y hegemónicas.

Itinerario complejo o ciclo global de la resistencia boliviana desplegado en el último lustro recién vivido, que no sólo constituye toda una serie de *victorias* importantes del pueblo boliviano, sino también un lento pero indetenible proceso de acumulación de fuerzas, de experiencias, de lecciones y de aprendizajes de todo tipo, por parte de esas mismas masas y clases populares de la nación boliviana.

Porque gracias a este ciclo de luchas, logró suspenderse la privatización del agua y la aplicación del proyecto de Ley de Aguas, y expulsarse a la trasnacional Bechtel en el año 2000, detener en alguna medida el proceso de erradicación total de la producción de hoja de coca, y abrir el debate general sobre el papel del consumo de esa hoja de coca como parte de la identidad cultural de amplios sectores populares, echar atrás la aplicación del llamado “Impuestazo al salario” en febrero de 2003, y por último derrocar al “gringo” Sánchez de Losada, que se empeñaba en venderle a Estados Unidos el gas boliviano a precios escandalosamente bajos.

Toda una serie de importantes victorias y conquistas del movimiento popular, que al mismo tiempo iban fortaleciendo a sus organizaciones formales, creando a sus liderazgos naturales, perfeccionando y decantando sus métodos y sus formas de lucha, y desarrollando y ampliando su conciencia política y sus horizontes de comprensión crítica de su propia realidad. Lo que, naturalmente, explica en parte esa enorme conscientización y esa sólida voluntad de lucha de la que hicieron gala las clases subalternas en

los recientes sucesos de mayo y junio de 2005. Lo que les permitió, no solamente forzar la caída del presidente Carlos Mesa y detener la amenaza de un posible golpe militar, sino también impedir el ascenso al poder de la ultraderecha boliviana representada por Hormando Vaca Díez, y forzar una elección general que deberá suceder en diciembre de este mismo año de 2005. Y junto con todo ello, poner en el centro fundamental del debate y de las preocupaciones cotidianas de la entera nación boliviana, el punto esencial de dicha nacionalización total, integral e irrenunciable de los hidrocarburos.

Un ciclo de luchas, de acumulación de experiencias, de conquista de ciertas victorias, y de preparación para futuros combates que, por lo demás, no es un fenómeno exclusivamente boliviano, sino más bien de alcance prácticamente sudamericano, e incluso y más allá, de dimensiones latinoamericanas. Pues es claro que esta posibilidad referida de la afirmación y consolidación de los movimientos indígenas en Bolivia, no está para nada desvinculada del resurgimiento y la irrupción de los movimientos indígenas ecuatorianos, pero también de los movimientos indígenas en el Perú, y más allá, del nuevo protagonismo y de las luchas específicas desplegadas por el neozapatismo mexicano después del 1º de enero de 1994.

Porque es gracias a la rebeldía de esos dignos indígenas neozapatistas chiapanecos, que han confrontado abiertamente el colonialismo interno de la sociedad mexicana, junto a su racismo secular y su política de permanente exclusión e invisibilización de esos mismos pueblos indígenas, es gracias a esta saludable rebeldía, que se ha abierto una brecha profunda en la dominación de todas las clases hegemónicas latinoamericanas, brecha que, en otras condiciones y contextos, se ha repetido y reeditado después en Ecuador, en Perú, en Colombia y en la propia Bolivia (una nación que, como es bien sabido es abrumadoramente indígena).

Y es también en consonancia con los nuevos movimientos campesinos de resistencia de América Latina que se afirma igualmente la Bolivia rebelde. Pues así como el Movimiento de los Sin Tierra brasileños lucha por una verdadera reforma agraria y por la tierra, así por ejemplo los cocaleros bolivianos —doblemente definidos, por su identidad indígena, y por su condición como campesinos—, luchan también por la defensa de su territorio y por la preservación de sus cultivos de coca, junto a otros campesinos-indígenas de Bolivia, que pelean ahora por la defensa de sus tierras y territorios en tanto espacios de existencia y de afirmación de sus propias estructuras comunitarias indígenas. Y si la tradicional lucha campesina por la tierra se ha vuelto ahora la lucha por el *territorio*, es precisamente porque ahora se combate también, en Bolivia lo mismo que en otras partes de América Latina, por el agua, por la ecología, por la defensa de la biodiversidad, y por los recursos existentes dentro del propio subsuelo.

Igualmente, no es por casualidad que los bloqueos de la ciudad de La Paz o de otras ciudades bolivianas, nos evoquen de inmediato a los célebres “piquetes” argentinos, en una similitud que muestra nuevamente las enormes afinidades electivas de todas las múltiples y diversas nuevas resistencias sociales latinoamericanas. Pues el bloqueo o piquete que paraliza, parcial o totalmente, los distintos flujos que nutren y permiten funcionar a una ciudad cualquiera, es sin duda un método de presión de una enorme eficacia y de una rápida contundencia en cuanto a sus posibles efectos. Lo que nos lleva sin duda a preguntarnos acerca de las razones por las cuales este método, tan importante y tan efectivo, no se ha aplicado aún en países como México o Brasil, u otras naciones de América Latina, países en donde podría, sin duda alguna, producir grandes frutos a los movimientos populares de las distintas clases subalternas latinoamericanas.

Entroncando así, por estas múltiples vías, con los otros contextos y expresiones de la rebeldía

latinoamericana, la reciente rebelión boliviana no hace más que expresar, en su propio ámbito nacional, esa vasta respuesta de la protesta social generalizada con la que las clases populares de toda América Latina han respondido, sobre todo durante los últimos diez años, a los estragos y a los múltiples efectos perversos provocados por las políticas neoliberales, políticas que arrasan y destruyen a las economías y a las sociedades de nuestro semicontinente, desde hace aproximadamente cuatro o cinco lustros.

* * *

“... Van a poner en cuestión, siempre de nuevo, todos los triunfos que alguna vez favorecieron a los dominadores...”

Walter Benjamin,

“Sobre el concepto de historia”, circa 1940.

Y es solamente cuando uno presencia directamente el reclamo de los indígenas, para que los “mirones” que encuentran a su paso se quiten sus corbatas, o cuando, bajo el riesgo de ser chicoteado, le exigen a un *q'ara* de tez blanca que grite fuerte y con ellos, en aymara, la frase de, por ejemplo, “¡Viva Omasuyo!”, que uno percibe también las raíces seculares lejanas que alimentan, subterráneamente y en profundidad, a estos mismos movimientos sociales de la Bolivia más contemporánea.

Porque este movimiento indígena boliviano tiene sin duda raíces que penetran en los verdaderos tiempos de la larga duración. Y eso, en un país donde alrededor del 70% es indígena, impregna sin duda y hasta el presente, a esos movimientos populares de las clases subalternas de Bolivia.

Y si, como Walter Benjamin lo ha planteado, cada nueva rebelión de los oprimidos se alimenta siempre, también, del odio acumulado y de la memoria de los combates pasados junto a las derrotas sufridas, lo mismo que del recuerdo de las víctimas y de los luchadores que nos han

precedido, entonces la reciente rebeldía boliviana sólo se explica adecuadamente, si para su comprensión convocamos, junto a las luchas cercanas de los años 2000, 2001, 2002 y 2003, también a las herencias profundas de la revolución minera de 1952, y más allá, a las rebeliones indígenas de 1899 y de 1781, pero incluso y más generalmente, a la tenaz resistencia indígena desplegada también en el territorio de lo que hoy es Bolivia, a lo largo de los últimos cinco siglos transcurridos.

Pues en la última década vivida, y a partir de los importantes movimientos indígenas del neozapatismo mexicano y de la CONAIE ecuatoriana, pero también de los movimientos indígenas peruanos y colombianos, se ha hecho evidente que, a pesar de los casi quinientos años recorridos desde el inicio de la dominación colonial europea y occidental, y de los reiterados embates de las élites dominantes por imponer a esos pueblos indígenas de América Latina ese modelo de la modernidad capitalista judeocristiana y occidental, a pesar de todo esto, los indígenas han logrado preservar hasta hoy una parte importante de sus señas centrales de identidad, construyendo durante este medio milenio referido, un verdadero proyecto de *otra modernidad*, de una *modernidad alternativa* a la capitalista, que al mismo tiempo que recupera, por ejemplo, ciertos avances tecnológicos creados por este mismo capitalismo, salvaguarda sin embargo *otro modo* de vinculación y de metabolismo con la madre naturaleza, con la llamada “pachamama”. O que también, rechazando las formas hoy pervertidas y degeneradas de la política capitalista contemporánea, es capaz de ofrecer formas alternativas de ejercicio de esa misma política, desde las pervivencias de sus estructuras comunitarias, y desde los modos de funcionamiento de una democracia directa, inspirada en el principio de que el pueblo manda y el gobierno obedece, es decir que aquél que manda debe siempre “mandar obedeciendo”.

De este modo, la reciente lucha de las clases subalternas en Bolivia, se presenta entonces tan sólo como el “capítulo boliviano” de una más vasta lucha reciente de los pueblos indígenas de toda América Latina, lucha que al otorgarle un *protagonismo de primer orden* a estos actores sociales indígenas latinoamericanos, crea también el contexto general adecuado para estos combates que hemos presenciado en México, en Perú, en Ecuador, en Colombia, y naturalmente también en Bolivia, durante la década recién transcurrida.

Y si estos grupos indígenas han podido irrumpir en el primer plano de la escena social, en estos tiempos recientes, reivindicando además, *no* un absurdo retorno al pasado, ni una nostálgica vuelta a los tiempos prehispánicos, sino más bien un nuevo y cualitativamente diverso proyecto de una modernidad genuinamente *alternativa* a la modernidad capitalista hoy todavía vigente, eso ha sido posible, precisamente, porque la etapa que ahora vivimos en escala mundial es la de la clara *crisis terminal y definitiva* del sistema capitalista mundial.

Y es justamente cuando este sistema capitalista planetario empieza a colapsarse frente a nuestra propia mirada, y cuando la modernidad capitalista se desmorona también en sus estructuras principales, cuando pueden emerger y afirmarse con fuerza esos proyectos de modernidades alternativas que, agazapados y reprimidos, pero nunca borrados del todo ni eliminados, sobrevivieron al embate del capitalismo mundial del último medio milenio vivido.

Y no cabe duda de que hoy América Latina se encuentra en una clara *posición de vanguardia* en lo que corresponde a la vasta familia de los nuevos movimientos antisistémicos y anticapitalistas de todo el orbe. Pues esta América Latina no sólo alberga una variedad y una calidad de movimientos antisistémicos que no se encuentran en ninguna otra parte del mundo, sino que es en su interior en donde, en los últi-

mos diez años, han florecido y prosperado movimientos tan creativos, inventivos y fundamentales a nivel mundial, como lo son el neozapatismo mexicano, el movimiento de los Sin Tierra brasileños, o el movimiento de los Piqueteros Argentinos, pero también, los ya referidos movimientos indígenas de Colombia, Perú, Ecuador y naturalmente de la propia Bolivia.

Y no es tampoco por casualidad que sea en Brasil, en Porto Alegre, en donde se ubicó inicialmente el Foro Social Mundial, celebrando aquí cuatro de sus cinco reuniones mundiales, como no es casual tampoco que sea ahora mismo desde México, en Chiapas, de donde surge hoy una nueva iniciativa mundial de encuentro de estos movimientos antisistémicos y anticapitalistas de todo el globo terráqueo, iniciativa promovida en la reciente "Sexta Declaración de la Selva Lacandona", recién hecha pública por los dignos indígenas chiapanecos neozapatistas.

Y si no hay duda de este rol protagonista y de vanguardia que hoy detenta Latinoamérica, dentro del conjunto de los movimientos de la protesta mundial anticapitalista, también es claro que dentro de ella, la Bolivia hoy rebelde, habrá de jugar un rol importante en los acontecimientos presentes y futuros que, también sin duda alguna y en el lapso máximo de las próximas tres a cinco décadas, habrá de concluir con la muerte definitiva de este injusto y absurdo sistema capitalista mundial.

* * *

Bibliografía

Para comprender más ampliamente los sucesos recientes que han acontecido en Bolivia, en los meses de mayo y junio de 2005, puede ser útil consultar la siguiente bibliografía, la que naturalmente no tiene ni mucho menos un carácter exhaustivo, sino puramente *indicativo* de la gran

variedad de análisis y de textos que este ciclo de luchas recientes, desplegadas durante el último lustro dentro de esta Bolivia rebelde e insurrecta, ha generado también en el plano intelectual.

ALBÓ, Xavier, *Pueblos indios en la política*, Plural Editores, La Paz, 2003.

ALBÓ, Xavier, Gonzalo Rojas y Esteban Ticona, *Votos y wiphalas. Campesinos y pueblos originarios en democracia*, Ed. Fundación Milenio, La Paz, 1995.

Asamblea Constituyente y Referéndum Autonómico. Decreto Supremo núm. 28195, Ed. CJ Ibáñez, La Paz, 2005.

CÁCERES, Sergio, "Los movimientos sociales se radicalizan y exigen LA NACIONALIZACIÓN", en revista *El Juguete Rabioso*, Año 5, núm. 130, mayo - junio de 2005.

Constitución Política del Estado. Ley 1836 del Tribunal Constitucional, Ed. Tribunal Constitucional, Sucre, 2004.

COSTAS MONGE, Patricia, Marxa Chávez León y Álvaro García Linera, *Sociología de los movimientos sociales en Bolivia*, Coedición Diakonía-Oxfam, La Paz, 2005.

CHÁVEZ, Walter, "Evo Morales. El otro indeciso", en revista *El Juguete Rabioso*, Año 5, núm. 130, mayo - junio de 2005.

GARCÍA, Alberto; Fernando García y Luz Quitón, *La "Guerra del Agua". Abril de 2000: la crisis de la política en Bolivia*, Ed. Fundación PIEB, La Paz, 2004.

GARCÍA, Álvaro, Raquel Gutiérrez, Raúl Prada y Luis Tapia, *Democratizaciones Plebeyas*, Ed. Muela del Diablo Editores, La Paz, 2002.

GARCÍA, Álvaro, Raúl Prada, y Luis Tapia, *Memorias de Octubre*, Muela del Diablo Editores, La Paz, 2004.

GARCÍA, Álvaro, Raquel Gutiérrez, Raúl Prada y Luis Tapia, *El retorno de la Bolivia plebeya*, Muela del Diablo Editores, La Paz, 2000.

GÓMEZ, Luis, *El Alto de pie. Una rebelión aymara en Bolivia*, Ed. Comuna, La Paz, 2004.

MONTOYA VILLA, Beimar Josué, y Rosa Rojas García, *El despertar de un pueblo oprimido*, Coedición CISTEM-MUSUX WAYRA, La Paz, 2004.

Nueva Ley de Hidrocarburos. 17 de mayo de 2005. Ley núm. 3058, Ed. CJ Ibáñez, La Paz, 2005.

PATZI PACO, Félix, *Sistema comunal. Una propuesta alternativa al sistema liberal*, Ed. Comunidad de Estudios Alternativos, La Paz, 2004.

PINTO PARABÁ, Miguel, *1970: cuando los periodistas se enfrentaron al poder*, Ed. CEDLA, La Paz, 2005.

PRADA ALCOREZA, Raúl, *Largo Octubre*, Plural Editores, La Paz, 2004.

RIVERA CUSICANQUI, Silvia, *Oprimidos pero no vencidos*, Ed. Yachaywasi, La Paz, 2003.

_____. *Las fronteras de la coca*, Coedición IDIS-UMSA-Ed. Aruwiwiri, La Paz, 2003.

Varios Autores, *Bolivia. Latinoamérica espejo de rebeldías*, Ed. Tierra del Sur, Buenos Aires, 2003.

_____. Número de la revista *Artículo primero. Revista de debate social y jurídico*, tema "Octubre en Bolivia", año 8, núm. 16, La Paz, abril de 2004.

_____. *ALCA. El debate boliviano*, Plural Editores, La Paz, 2003.